

Homilía de XIII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2022 - 2023 - (Ciclo A)

“El que pierda su vida por mí, la encontrará”

Introducción

Las palabras de Jesús que escuchamos en el evangelio de este domingo nos parecen duras. Es difícil ser cristiano. Por eso, antes de nada, debiéramos pedir espíritu de discernimiento. Jesús no nos habla de una alternativa (familia o Él), pues no puede negar algo bueno como es la familia, sino que quiere indicarnos que Él es el primer amor. Estamos ante el primer mandamiento: amar a Dios y lo que significa. Frente a las obligaciones familiares socialmente importantes o a las sugerencias familiares materialistas, Jesús propone una radicalidad absoluta, una armonización total entre la vida familiar y la opción de fe; propone purificar lo que en nuestras relaciones familiares o sociales no genera vida porque son contrarias al evangelio.

Jesús está hablando a misioneros, y ser testigo cristiano no es propagar doctrinas, sino tener la actitud de vida existencial del Crucificado, el estilo como perciben la realidad de la vida los crucificados del mundo. Nunca hay que olvidar que “el llevar la cruz”, por excelencia cristiana es la cruz del testimonio, el estilo de vida y situación constante que vivió Jesús aquellos momentos desde que fue condenado hasta que fue ejecutado, para nosotros es el “cada día”, todos los días.



Fr. Pedro Juan Alonso O.P.
Convento del Santísimo Rosario (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Reyes 4, 8-11. 14-16a

Pasó Eliseo un día por Sunén. Vivía allí una mujer principal que le insistió en que se quedase a comer; y, desde entonces, se detenía allí a comer cada vez que pasaba. Ella dijo a su marido: «Estoy segura de que es un hombre santo de Dios el que viene siempre a vernos. Construyamos en la terraza una pequeña habitación y pongámosle arriba una cama, una mesa, una silla y una lámpara, para que cuando venga pueda retirarse». Llegó el día en que Eliseo se acercó por allí y se retiró a la habitación de arriba, donde se acostó. Entonces se preguntó Eliseo: «¿Qué podemos hacer por ella?». Respondió Guejazí, su criado: «Por desgracia no tiene hijos y su marido es ya anciano». Eliseo ordenó que la llamase. La llamó y ella se detuvo a la entrada. Eliseo le dijo: «El año próximo, por esta época, tú estarás abrazando un hijo».

Salmo

Sal 88, 2-3. 16-17. 18-19 R/. Cantaré eternamente las misericordias del Señor.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades. Porque dijiste: «La misericordia es un edificio eterno», más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R/. Dichoso el pueblo que sabe aclamarte: caminará, oh, Señor, a la luz de tu rostro; tu nombre es su gozo cada día, tu justicia es su orgullo. R/. Porque tú eres su honor y su fuerza, y con tu favor realzas nuestro poder. Porque el Señor es nuestro escudo, y el Santo de Israel nuestro rey. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 6, 3-4. 8-11

Hermanos: Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 10, 37-42

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa».

Comentario bíblico

Iª Lectura (2Reyes 4,8-11.14-16)

La Iª Lectura del II.º Libro de los Reyes recoge una tradición muy común de la Biblia, en la que el profeta Eliseo le concede a una mujer sunamita el que sea bendecida por un hijo. Es la felicidad mayor de toda mujer ser madre y el profeta de Dios no puede concederle otra cosa, como sucedió con Sara, como sucedió con Ana la madre de Samuel y como sucederá con Isabel, la madre del Bautista. En la Biblia siempre se ha interpretado la maternidad tardía como una bendición, ya que las tradiciones populares religiosas consideraban la esterilidad como una maldición divina. Eliseo, a diferencia de Elías, es un hombre de Dios menos carismático, aunque más taumaturgo o milagrero, cuyas historias están recogidas para mostrar que Dios actúa siempre misteriosamente y contradiciendo lo que los hombres piensan o proyectan al margen de Él.

El relato forma parte del ciclo especial de Eliseo, y verdaderamente habría que leer casi todo este c. 4 de 2Re para completar toda la narración en la que se engrandece la figura taumatúrgica de discípulo del gran Elías. Porque ese hijo que nace como don de la "acogida" que la sunamita ofrece al hombre de Dios, muere, para que todavía sea engrandecido más el nombre de Dios y de su profeta, que ora a Él. Pero habría que resaltar más que otra cosa el empeño y la confianza que esta mujer pone en aquél que le trae la "palabra de Dios". No desespera en la adversidad, sino que busca confiadamente al "taumaturgo" para que le asista.

¿Es verdadera confianza? o ¿verdadera religión? No podemos negar que estas cosas extraordinarias de la Biblia quieren mostrar que Dios actúa misteriosamente en las historias más humanas. Aunque las "leyendas" no están ausentes de estos relatos, cosas extraordinarias acontecen para nosotros y hay que saber interpretarlas. La mujer, en el relato, ni siquiera había pedido un hijo. Pero es eso lo que le ofrece el "hombre de Dios", tal como ella llama a Eliseo. Incluso rechaza que el profeta hable a favor de ella o de su marido al rey o al jefe de los ejércitos.

No necesitaba prestigio, porque ella dice que vivía feliz "entre los suyos". El relato, en su conjunto, intenta engrandecer el poder de Eliseo. Pero es la mujer la que, en este caso, nos interesa escuchar y observar. Es ella la que "acoge", la que lleva la iniciativa de construirle una pequeña morada al "hombre de Dios". Es ella la que rechaza que el profeta interceda ante las autoridades, porque está contenta con lo que tiene y entre los de su clan. Pero como a una verdadera mujer hebrea, le faltaba "ser madre". No expresa ella en el relato este deseo, sino que lo interpreta o lo adivina el ayudante o discípulo del profeta, pero ese anhelo lo llevaba dentro de su corazón. Y es eso, lo que "Dios" le concede; lo que no pide.

Porque al final, este es el verdadero regalo de la "acogida" sincera del hombre de Dios. Y en la Biblia, quien acoge a un "hombre de Dios", acoge a Dios mismo, como sucede en el famosísimo relato de Gn 18, 1-15 de Abrahán y Sara.

IIª Lectura (Romanos 6,34.8-11):

El texto de Romanos 6 es una catequesis magistral de Pablo sobre el sentido y las consecuencias del bautismo cristiano. Pablo ha venido planteando en los capítulos precedentes de esta carta el tema de la justificación, de la salvación del pecador, por medio de la muerte de Cristo. Ahora quiere sacar consecuencias que esclarezcan la misma praxis de la vida cristiana. Por ello va a partir del misterio del bautismo que lo presenta como un ser "cosepultados" con Cristo, un ser "co-crucificados" con Cristo y un ser "co-resucitados" en El (verbos que se compone con la partícula griega "syn").

Se piensa que aquí el apóstol ha podido usar cierta ideología de los ritos místicos de las religiones que conocía. Es posible que en su lenguaje Pablo no pueda substraerse a ello. Pero en el fondo de toda esta catequesis aparece una confesión de fe cristiana muy primitiva con la que se expresaba que la fe es una participación en la vida de Cristo. Y es el bautismo, el sacramento de iniciación en el nombre de Jesús, donde se comienza este misterio de solidaridad cristológica en su eficacia más significativa. El bautismo es una sepultura del hombre viejo, y un símbolo que nos introduce en una vida nueva, la que Jesús nos ha ganado con su muerte y resurrección. Pero el bautismo es el inicio, que debemos proseguir con la praxis de la fe.

Esta dimensión teológica de la fe es la que da sentido al mismo bautismo. No es el bautismo lo determinante, sino la fe que nos lleva a vivir "co-sepultados" (abandonar el hombre viejo); a vivir "co-crucificados" (entregarse a la causa de Jesús); a vivir "co-resucitados", es decir, en una vida nueva de amor y de esperanza; de compromiso y de solidaridad con los hombres. Pero es, a su vez, una experiencia de victoria sobre el pecado. Porque aunque el pecado nos acecha de muchas formas y maneras, debe haber, para el creyente, una confianza de victoria sobre el mal estructural del mundo y sobre lo más personal de nuestro corazón.

Evangelio (Mateo 10,37-42): Las verdaderas radicalidades evangélicas

El evangelio de este domingo vuelve sobre el "discurso de misión". Mateo señala para su comunidad que ser discípulo y seguidor de Jesús lleva consigo el vivir en conflicto. Perseverar en el discipulado supone romper ciertas tradiciones que nos atan, hasta las más familiares. No se trata de romper afectos familiares, sino lazos que no nos dejan libres. En un "crescendo" eficaz de la alternativa radical que se nos presenta en esta parte del discurso misionero, se pone de manifiesto que cuando la familia nos impone sus criterios de amor o de odio, de intereses mundanos o de herencia, el discípulo estará en conflicto. Pero Mateo pone de manifiesto que nadie puede estar por encima del evangelio. Jesús, al pedir amarle a El más que a la familia, no está desestabilizándola; está proponiendo una nueva forma de ser hijo, de ser padre o madre y de ser hermano. Estos dichos son famosos, porque algunos discípulos itinerantes los llevaron hasta sus últimas consecuencias, como se refleja en el documento que le sirve a Mateo (Documento Q) para elaborar estas enseñanzas.

El "seguimiento" de Jesús, en verdad, es algo que está lleno de 'radicalidades'. Las cosas radicales son aquellas sin las cuales no es posible que nada subsista. El evangelio no podría ser el evangelio si se imponen a los discípulos otros criterios distintos de autoridad y prestigio. Los "dichos" de Jesús recogidos en este discurso están expresados

semíticamente y pueden sonar a algo imposible: ¿es posible odiar al padre y a la madre por seguir a Jesús? ¡sería un "contra-dios"! Pero quieren decir algo muy importante. Incluso sabemos que este tipo de "dichos" de Jesús sobre aborrecer a la familia y llevar la cruz obedece a actitudes escatológicas de algunos grupos cristianos que fueron más allá de lo que Jesús quería exigir.

Es una nueva propuesta en la que no se imponen o no se deben imponer imperiosamente los lazos de sangre, el clan familiar, la cultura heredada, los criterios impositivos de los más fuertes o de lo que siempre se debe hacer. El cristiano seguidor de Jesús, amante de la verdad del evangelio, debe amar al padre, a la madre, al hermano, pero nunca debe, a causa de ellos, ceder al odio, al rencor, a la violencia, a la maldición. El cristiano está llamado a una cadena mucho más grande de solidaridad, hasta dar de beber un vaso de agua a cualquiera, sea quien sea, incluso al enemigo nuestro o de nuestra familia. Así es como debemos entender estas palabras del evangelio de la misión.

Tampoco es cuestión de "endulzar" las exigencias por el hecho de que se hayan expresado de una forma semítica en que las que prevalecen los contrastes. Dicen lo que dicen y exigen lo que exigen: algo radical. Pero no se entienda como algo radical por difícil o por imposible, sino por sentido y por coherencia. Se trata de algo vital, porque si no hay raíces, no crece la vida. Eso es lo mismo que el amor a los enemigos: el evangelio no permite el odio de ninguna de las maneras. Por tanto, cuando hay enemigos o nos los creamos en nuestra mente y en nuestro corazón, estamos lejos de Jesús, de su causa del evangelio y de su Dios: cuando hay odio muere el evangelio.

De la misma manera, si seguimos a Jesús, debemos renunciar a nosotros mismos y a lo nuestro. Eso significa lisa y llanamente "llevar su cruz". Pero ¡cuidado!: no veamos aquí solamente renuncia total a la voluntad propia, al honor, a la dicha terrena, recorriendo el duro camino de Jesús por el sendero señalado por Dios, lo que Jesús exige de sus discípulos. Quien acepte el evangelio debe hacerlo por voluntad propia, por honor, y por disfrute personal. Quien acepte estas radicalidades, no debe hacerlo en contra de su voluntad y de su libertad. Si fuera así, ser cristiano, seguir Jesús, sería un drama inhumano inaceptable. Si mi familia, mi clan, mi pueblo nacionalista, me imponen los criterios de mi existencia, de mi libertad y de mi paz, entonces yo estoy con Jesús antes que con los míos. Y ésta, y no otra, es la "cruz", entiendo, que debe llevar el discípulo.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

El testigo cristiano acoge la cruz como seguidor de Jesús, se dispone a vivir su existencia crucificada. Desde esta dinámica se entiende la aparente paradoja el encontrar la vida verdadera en Jesús, perdiendo la de nuestros afanes y desvelos inútiles, ya que cuando la persona hace el bien sale ganando vida.

Además, entregando la vida se genera comunión y comunidad, no nos lanzamos al desamparo, sino a la acogida comunitaria, aunque entreguemos un simple vaso de agua. El amor a Dios tiene nombre y apellido, es nuestro prójimo. A lo largo del día encontramos personas en nuestro camino, sus rostros arrastran una historia y depende de nosotros, el que esas historias queden tocadas por la gracia de Dios a través de nuestra acogida.

Encontrar la vida entre los perdedores

Nuestra sociedad, está plagada de hermanos perdedores crucificados: nacidos en países dominados por imperios; no contando para nada en los mundos de la eficacia y las riquezas; como si hubieran nacido en el lado equivocado: sin identidad, alojados sin patria, sin los servicios más necesarios como el alimento, la educación, la sanidad. Además nosotros se lo recordamos y tantas veces, no tenemos ninguna intención de ayudarles a recuperar su dignidad.

Seguir a Jesús no es sufrir. El nunca quiso el sufrimiento (enfermedad, injusticia, soledad, desesperanza, ...), es más: se dedicó a eliminarlo, luchó contra él de todas las maneras; esta fue su preocupación, no el pecado.

Perder la vida es hacer sobresalir en la vida testimonial la generosidad, la caridad, la gratuidad, sobre las pasiones y pulsiones humanas; sobre las indiferencias, odios y malos rollos humanos; sobre lo material, lo relativo, la eficacia. Y ya más en concreto: poner por delante de todo, la vida con Dios sacramental, de oración, de solidaridad.

Misioneros de un Dios solidario, de un amor incondicional, pero con cruz. ¿Vida cristiana sin aguijón?

El hecho de predicar el Dios amor, no quiere decir, fabricarnos un Dios a nuestra medida, un Dios que nos diga sí a todo lo que nos gusta, un Dios que legitime nuestra religión “burguesa”, sino un Dios que con su encuentro nos haga responsables y más de una vez, tendremos que renunciar a nuestra voluntad. El evangelio no es un tranquilizante para justificar nuestras vidas placenteras y satisfechas, ni es algo que nos evite el dolor e inmunice ante el sufrimiento, sino que nos hace gozar y sufrir, consuela e inquieta, apoya y contradice, porque así es camino, verdad y vida. La fe cristiana no está enfocada fundamentalmente para solucionar mis problemas y mis sufrimientos, como si fuera de uso personal, al servicio de cada uno, sino que se centra en el sufrimiento de los demás y solo así se vive la fe como experiencia de salvación.

Vivir así, trae problemas, pues hacer el bien, estar al lado de los que sufren, de los últimos provoca el rechazo de los que no quieren cambiar nada. Así nos lo quiere explicar Jesús con la metáfora del “cargar con la cruz”. Todos conocían lo que significaba cargar con la cruz en aquel tiempo. El objetivo era que quien la llevara, apareciera como culpable. Por tanto, si le seguimos vamos a ser rechazados. Buscar a Jesús y llevar su cruz, no es buscar cruces, sino aceptar la crucifixión que nos llegará porque le seguimos.

Jesús se fija siempre en lo que pasa en el otro, en sus situaciones: es compasivo. Ante la posibilidad de aburguesamiento a la que puede llegar quien se dedica a la perfección por los caminos del cumplimiento exacto y fiel de la ley, Jesús lo corrige con el *“sed compasivos y misericordiosos como vuestro Padre,”* pues la perfección, la santidad no se encuentra en la separación de los hombres para creer que estamos más cerca de Dios, sino en el acercamiento compasivo y samaritano al dolorido, al herido y débil que tengo al lado.

La recompensa de un vaso de agua

Con frecuencia oímos que el amor es dar y nos imaginamos que “ese dar” es desde la mentalidad actual del tener y del ser eficaz, prescindir de algo nuestro, gastar algo mío, sacrificarme en algo, privarme de algo, de tal manera de nadie quiere entrar en ese empobrecimiento y en esa especie de falta de realidad poco inteligente. En cambio, el gesto de dar es señal de vitalidad, de riqueza y poder creador. Cuando damos algo a los demás es una experiencia de vitalidad desbordante, que nos hace entender nuestra capacidad para enriquecer a los otros. Dar significa estar vivo y ser rico. El que tiene mucho y no sabe dar no es rico, es un pobre hombre por muchos bienes que tenga. Es verdad, solo es rico quien es capaz de regalar algo de sí mismo a los demás.

El descubrir lo que está vivo en nosotros y hace bien a los demás: cariño, alegría, compasión, esperanza, acogida, cercanía, es eso que nos parece poco, pero es mucho lo que podemos dar. No se trata de cosas grandes, solo de un vaso de agua fresca y no quedará sin recompensa. En el fondo hay alguien que bendice lo pequeño, si estamos dispuestos a abrir nuestra vida a los demás, si somos capaces de compartir nuestro trocito de pan, nuestros pocos peces. El los bendice y multiplica como hizo en aquel milagro.

Entregados y peregrinando con los hermanos, recibimos a Jesús, parece que perdemos nuestra vida, pero avanzamos a la meta final, que es el Padre.

¿Qué es lo que no permite a Dios obrar en mi vida y abrirle la puerta de mi corazón para que Él reine? ¿Qué vida tengo que perder yo?

¿Soy consciente que la verdadera cruz diaria es ser testigo de quien creo? ¿No llamaré cruz a tantas cosas que no son tan importantes como esta?

¿Crees que asentar tu vida haciendo el bien, como perdedor, es ganar tu propia vida?

¿Son suficientes los acompañamientos técnicos y profesionales a personas perdedoras? ¿no deberá de ir acompañado de la compañía, el afecto, el cariño, el detalle humano?



Evangelio para niños

XIII Domingo del tiempo ordinario - 2 de julio de 2023

Renunciarse para seguir a Jesús

Mateo 10, 37-42

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus apóstoles: - El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado. El que recibe a un profeta por porque es profeta, tendrá paga de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá paga de justo. El que dé de beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pobrecillos sólo porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro

Explicación

Si decimos que Jesús es nuestro mejor amigo, quiere decir que él tiene que estar por encima de todo, aunque a veces nos cueste sacrificios, y tengamos que hacer lo que no nos agrada. También debemos de escuchar a aquellos que como nuestros padres o educadores nos indican como debemos comportarnos, si es que queremos ser en verdad amigos de Jesús.